
ESTUDIOS

Europa Casa común ¿Bastión del bienestar frente al Tercer Mundo? Retos de la política de desarrollo para los años 90

A pesar de todas las declaraciones políticas en contra, los países en vías de desarrollo temen que los países industrializados y sobre todo, Europa occidental se dediquen casi exclusivamente a los enormes problemas de Europa del Este, dejando de lado las necesidades y los intereses del Tercer Mundo

Por Johannes Müller, S. J. *

La creciente distensión en las relaciones Este-Oeste y, sobre todo, el dramático e inesperado derrumbamiento del dominio comunista en la Europa del Este han hecho renacer las esperanzas de una "casa común europea".

El mercado común europeo previsto para el año 1992 y la unión política de la Comunidad Europea que ahora entra en juego, confieren una dinámica adicional a esta esperanza y pueden convertirse en punto de partida y motor para el desarrollo de esta "casa común".

Pero para muchos países del Tercer Mundo esta esperanza es más

* Director del "Institut für Gesellschaftspolitik" de Munich.

Johannes Müller S. J.

bien una pesadilla. Desde meses atrás la prensa y revistas especializadas hablan casi a diario de voces preocupadas del sur que advierten del peligro de que estas evoluciones en Europa, con sus enormes costes, podrían redundar en contra de los países en vías de desarrollo que actualmente y más que nunca, dependen de la solidaridad de los países industrializados. Temen que con un "bastión del bienestar" en Europa, se vean totalmente relegados. Los numerosos desmentidos políticos del norte hasta ahora no han logrado acallar estas voces. Como ejemplo podría citarse al ministro egipcio de Asuntos Exteriores:

"Este nuevo telón de acero será más difícil de destruir que el anterior. El viejo se basaba en la ideología, pero éste nuevo se basará en hechos económicos... Esto no sirve a los intereses de la paz, ni a los de una estabilidad mundial" (1).

Otro diplomático del Tercer Mundo se manifestó hace poco con motivo de una sesión de las Naciones Unidas sobre las controvertidas relaciones Norte-Sur:

"La guerra fría ha concluido sin sangre. Ahora comienza la guerra caliente entre Norte y Sur" (2).

Puede que estas preocupaciones parezcan exageradas e infravaloren la pobreza y las necesidades de la Europa del Este. Puede también que con tanto destacar peligros, no se valoren las oportunidades de un despegue europeo. Pero ciertamente no son injustificadas. Existen indicios indudables para pensar en una Europa aislacionista que sólo se ocupa de sí misma.

Por eso es importante examinar las oportunidades y riesgos de la transformación de Europa para el Tercer Mundo y evaluarlas fríamente, partiendo de la situación actual de los países en desarrollo y de sus causas.

También hay que tener en cuenta los efectos retroactivos de este desarrollo sobre los países industrializados. Sólo así podrán decidirse finalmente las medidas políticas más oportunas.

1. Penuria de masas en el Tercer Mundo

El mundo actual se caracteriza por una profunda brecha entre países pobres y ricos que ha ido aumentando más aún en los últimos decenios. Los países industrializados occidentales (incluyendo Japón), con aproxi-

(1) Comp. South N.º 114 (abril 1990) 13-17, esta cita 16.

(2) Süddeutsche Zeitung 21/22.4.1990, 33.

Europa Casa común

madamente un 16 por ciento de la población mundial, han incrementado entre 1980-1988 su proporción del producto social bruto mundial del 64,8 al 72,7 por ciento. En la Europa del Este, incluyendo la Unión Soviética, con aproximadamente un 8 por ciento de la población mundial. En ese mismo período de tiempo la proporción del PSB mundial bajó del 12,4 al 11,7 por ciento. La proporción de los países subdesarrollados en el PSB mundial bajó del 22,9 al 15,6 por ciento, mientras que su proporción respecto a la población mundial creció hasta el 76 por ciento. En 1988 el producto interior bruto *per cápita* en estas regiones fue en promedio de 16.900, 5.700 y 760 dólares (3). Una desigualdad similar se aprecia en el consumo de materias primas, energía, productos industriales y muchos bienes de consumo.

No hay que olvidar en este contexto que también entre y en los países del Tercer Mundo existen y se acentúan las diferencias. Mientras que algunos países, ya en el umbral del desarrollo o países productores de petróleo, gozan de creciente bienestar, para América Latina o Filipinas los años ochenta se consideran como "década pérdida", pues su nivel de vida ha bajado durante ese tiempo. Especialmente triste y desoladora es la situación en los paupérrimos países del "Cuarto Mundo", sobre todo, África al sur del Sáhara y amplias zonas del sur de Asia.

Todo esto tiene consecuencias desastrosas para innumerables seres humanos. Casi mil millones, es decir, una quinta parte de la población mundial, viven actualmente en absoluta pobreza. Sólo de forma insuficiente pueden cubrir sus necesidades físicas básicas (alimento, vivienda, salud), por no hablar de las necesidades no materiales (trabajo, educación, participación, identidad cultural).

Cerca de 450 millones de personas están seriamente subalimentadas. Todos los días mueren 40.000 niños de hambre u otras manifestaciones carenciales. 600 millones de personas, casi la mitad de toda la población urbana, viven en chabolas, 100 millones no tienen ni techo para cobijarse. La cuota real de paro en la mayoría de los países subdesarrollados se sitúa por encima del 30 por ciento (4).

Significativo de estas situación es la opresiva carga de endeudamiento de los países subdesarrollados con unos 1.300 millones de dólares actualmente, resultando que desde 1984 entra más dinero por saldos a los países ricos que viceversa. Esta transferencia de capital neto al norte, debido sobre todo, a amortización de deudas y pago de intereses, ascen-

(3) South, antes citado, 14 y: Informe sobre el Desarrollo Mundial 1982, editado por el Banco Mundial (Washington 1982) 23 (Tabla 3.2).

(4) Comp. p. ej., UNICEF, The State of the World's Children 1989 (Oxford 1989).

Johannes Müller S. J.

dió en 1989 a más de 50.000 millones de dólares. A pesar de ello sigue aumentando la carga de deudas de los países subdesarrollados.

Así por ejemplo, sus deudas públicas y privadas a largo plazo casi se han duplicado de 1980-1986, pasando de 429,6 a 775,0 mil millones de dólares, aunque durante ese mismo período hayan pagado 658 mil millones por amortización e intereses, o sea un 53 por ciento más que todas las deudas pendientes en 1980 (5). La carga que esto supone puede constatarse diciendo que, p. ej., Filipinas actualmente gasta más del 40 por ciento de su presupuesto estatal sólo en las deudas pendientes. Hasta en Indonesia, que no puede considerarse un país problemático, pues desde hace tiempo cumple puntualmente con todos sus compromisos deudores, esta proporción se sitúa en el 33 por ciento, a pesar de una inteligente y eficaz política económica.

El verdadero problema del endeudamiento estriba, sin embargo, en que son precisamente los pobres de estos países los que con su miseria han de pagar esas casi siempre rigurosas políticas de ahorro (disminución de prestaciones sociales, subida de precios de alimentos básicos, congelación de salarios), impuestas por los países acreedores.

No se vislumbra un fin de esta crisis. Muchos países del Tercer Mundo, sobre todo, los pobres, a comienzos de los noventa, la "IV. década del desarrollo", se encuentran ante problemas casi insolubles y siguen con perspectivas muy sombrías".

2. Causas estructurales de las diferencias Norte-Sur

Las causas de esta evolución son variadas y complejas. De una política que inhibe la iniciativa económica, del olvido del desarrollo rural, de la omisión de reformas en la redistribución, de los caros y a menudo inútiles proyectos de prestigio, de la corrupción y la fuga de capitales o los gastos exorbitantes de armamento, sin duda son responsables primordialmente los propios países en vías de desarrollo o mejor dicho sus burocráticas élites de poder.

Los representantes de los países industrializados no se cansan de destacar acusatoriamente estos hechos. Pero lo que no suelen mencionar es su parte de responsabilidad en la existencia de un sistema económico mundial injusto, cuyas estructuras y mecanismo han reforzado considerablemente estos factores negativos. La característica principal y el problema básico de las relaciones Norte-Sur es la dependencia estructural del

(5) South N.º 85 (noviembre 1987) en base a datos del Banco Mundial (Developing Country Debt 1986-87).

Europa Casa común

Tercer Mundo, consecuencia de una distribución del poder manifiestamente desigual. Esta dependencia de tendencia creciente se traduce a muchos fenómenos.

Consecuencias funestas tuvo a mediados de los años ochenta la caída rápida del precio mundial de la mayoría de las materias primas y productos agrarios, la más importante fuente de ingresos por exportación de muchos países en vías de desarrollo, sobre todo, de los pobres, a lo que contribuyó de forma decisiva la política agraria de la Comunidad Europea y de los Estados Unidos (6). Esto ocasionó un significativo empeoramiento de las relacionadas de intercambio entre precios de exportación e importación (*terms of trade*) y provocó pérdidas comerciales en la mayoría de los países en vías de desarrollo.

Al mismo tiempo muchos países industrializados, a pesar de su adhesión al libre comercio mundial, establecieron cada vez más barreras comerciales (aranceles, obstáculos no tarifarios, subvenciones a productos interiores) frente a los baratos bienes de importación de los países en vías de desarrollo, para proteger así sus propias ramas económicas en peligro. Especialmente negativos resultan los aranceles progresivos que se incrementan según el grado de elaboración del producto.

A eso hay que añadir otros mecanismos injustos, como p. ej. especulaciones con materias primas (negocios a término de mercancías), venta de existencias de materias primas a precios altos del mercado mundial, incremento de tasas para licencias y patentes o manipulaciones de precios en consorcios supranacionales para soslayar los impuestos en países en vías de desarrollo (*transfer-pricing*).

Mecanismos similares en el sistema financiero mundial han contribuido considerablemente a la actual carga deudora. Muchas instituciones bancarias privadas hacia finales de los años setenta tenían grandes reservas de petrodólares a causa de la subida en el precio del petróleo, lo que les llevó a una poco responsable "política de dinero fácil". Poco menos que presionaban a los países en vías de desarrollo al endeudamiento, concediendo créditos baratos hasta para proyectos inviables y sin garantías suficientes. Así, p. ej., una empresa americana construyó un reactor atómico en una zona sísmica en Filipinas que nunca llegó a ponerse en marcha, pero produjo dos mil millones de dólares de deuda.

Cuando a principios de los años ochenta el presupuesto estatal de Estados Unidos presentaba un gran déficit, debido sobre todo, a los enor-

(6) Comp. M. Hainz, países en vías de desarrollo como víctimas de la política agraria de la CE, en: "Stimmen der Zeit" 206 (1988) 829-840.

Johannes Müller S. J.

mes gastos de armamento, la política americana de intereses altos hizo subir brutalmente los tipos de interés. Eso tuvieron que pagarlo otra vez los países en vías de desarrollo, mediante deudas adicionales de intereses y fugas de capital. A eso habría que añadir fluctuaciones extremas en los tipos de cambio, reforzadas por especulaciones de moneda a nivel mundial (7).

La dependencia estructural caracteriza también las relaciones Norte-Sur no económicas. Políticamente los países subdesarrollados, por su situación de penuria y su endeudamiento, dependen en gran medida de la buena voluntad de los países ricos. Han de aceptar casi incondicionalmente cualquier imposición de las grandes organizaciones económicas y financieras mundiales, como el Fondo Internacional, el Banco Mundial o el "Club de París" (países acreedores), donde tienen pocos, derecho de participación.

Todo esto ha ocasionado un proceso de desolidarización en el Tercer Mundo, de forma que la mayoría de los países sólo tratan de proteger en primer lugar sus propios intereses. Los poderosos países del Primer Mundo han aprovechado esta debilidad para congelar de hecho las poco apreciadas exigencias por un nuevo orden económico mundial.

La dependencia socio-cultural de los países en vías de desarrollo se demuestra sobre todo, en la transferencia unilateral de valores, patrones de comportamiento, modelos institucionales y tecnologías de los países industrializados. Una expresión visible de esta situación de intereses es la publicidad comercial que transmite patrones de consumo de los países industrializados; a menudo provoca así demandas artificiales a costa de las verdaderas necesidades básicas.

En los países en vías de desarrollo, donde los problemas a menudo son muy diferentes, esto ocasiona graves disfunciones en el desarrollo. Así, por ejemplo, las malas condiciones sanitarias del Tercer Mundo son, sobre todo, consecuencia de la pobreza. Necesitan por tanto una política sanitaria primaria preventiva que procure mejor alimentación, agua potable limpia y condiciones de vida higiénicas, así como una asistencia médica simple al menor coste posible. El costoso sistema sanitario occidental no ofrece un modelo adecuado para esto.

(7) Sobre estas relaciones estructurales comp. M. Kaiser/N. Wagner, *Entwicklungspolitik* (Bonn 1986); W. Ochel, *Die Entwicklungsländer in der Weltwirtschaft* (Colonia 1982), esp. apartado C y D; M. P. Todaro, *Economic Development in the Third World* (Nueva York/Londres 1985), esp. cap. 12-14, 17.

Europa Casa común

3. Oportunidades y riesgos de la eclosión europea

A primera vista hay muchos indicios para que la distensión en las relaciones Este-Oeste y el derrumbamiento del sistema comunista pudieran ser ventajosos también para el Tercer Mundo. Existen principalmente tres razones para ello.

Un primer resultado positivo ya puede apreciarse. Desde que las superpotencias han disminuido o han suspendido totalmente sus apoyos a partes en conflicto a causa de la política de distensión, se han suavizado considerablemente los conflictos regionales entre países en vías de desarrollo. El mejor ejemplo es Namibia, que tras largos años de luchas de liberación pudo conseguir su independencia en 1990. Esto permitiría que los países implicados pudieran dedicar sus escasos recursos sólo al desarrollo en vez de dilapidarlos en la compra de armas.

Pero el proceso mundial de distensión y reducción de armamentos también beneficia los presupuestos de los países ricos. Este dinero así liberado podría emplearse para una generosa política de desarrollo, por ejemplo en el pago de las deudas. Esta ayuda podría ser más eficaz aún si su concesión ya no estuviera ligada a criterios ideológicos. Se abre así la posibilidad de un nuevo concepto de colaboración al desarrollo a escala mundial. Claro que este trasvase de gastos de armamento al desarrollo no se produce automáticamente, sino que exige la correspondiente voluntad política por parte de los países ricos.

Además, el mercado común de la Comunidad Europea y la reorganización económica de la Europa del Este podrían ofrecer a los países en vías de desarrollo nuevas posibilidades en el ámbito comercial. La expansión y liberalización del comercio mundial también les beneficiaría a ellos, si obtienen condiciones adecuadas, como aranceles preferenciales por ejemplo. Un mercado común daría una mejor visión de conjunto y hasta facilitaría el acceso.

Y finalmente, en los años próximos cabe esperar una considerable demanda de la Europa del Este por materias primas e importaciones baratas, lo que aumentaría las oportunidades de exportación del Tercer Mundo y probablemente hará subir los precios en el mercado mundial.

3 Pero a pesar de todas las declaraciones políticas en contra, los países en vías de desarrollo temen que los países industrializados y, sobre todo, Europa occidental se dediquen casi exclusivamente a los enormes problemas de Europa del Este, dejando de lado las necesidades y los intereses

Johannes Müller S. J.

del Tercer Mundo (8). Y aunque políticamente no sea esa la intención, los problemas pendientes pueden llegar a ser tan graves que de hecho absorban totalmente la conciencia política y pública y la capacidad económica de Europa.

Estas preocupaciones pueden parecer excesivas y puede que infravaloren las oportunidades de la eclosión europea. Pero no pueden rechazarse de plano, como tampoco el temor ante una "Europa de los consorcios", la esforzada lucha por una Carta Social europea, la creciente xenofobia en amplias zonas de Europa (9) o la discusión sobre los costes de la unidad alemana en la República Federal. Si en Europa mismo, y a pesar de grupos de intereses tan poderosos como los sindicatos, hay poca disposición a actuaciones solidarias, los mucho más pobres países en vías de desarrollo realmente tienen motivos para preocuparse. Además hay que añadir que los ya descritos mecanismos y dependencias estructurales a nivel mundial seguramente saldrán más bien reforzados con la unidad de Europa. Para esto pueden citarse toda una serie de razones.

En la economía cabe esperar considerables perjuicios para los países en vías de desarrollo, sobre todo, en el ámbito del comercio y de las inversiones privadas. A pesar de los grandes obstáculos y del gran endeudamiento exterior, los países hasta ahora bajo control comercial estatal de Europa del Este pueden resultar muy atractivos al menos a largo plazo. Ofrecen un mercado muy amplio con grandes carencias que se añade a los impulsos internos de demanda esperados del mercado CE 1992. Esto podría rebajar durante algún tiempo considerablemente el interés de Europa por nuevos mercados al sur. Además los países del este europeo probablemente tratarán de atraerse inversiones a través de bajos salarios y otros estímulos, con lo que perderían terreno las actuales ventajas comparativas que ofrece el Tercer Mundo en estos aspectos.

(8) Sobre los efectos del mercado CE 1992 existen estudios exhaustivos, así entre otros: *Die Europäische Gemeinschaft in der Weltwirtschaft*, ed. por la Fundación Edition-Dräger (Baden-Baden 1988); Europa 92: *Ein Markt, keine vision?* (epd "Dritte Welt Information" N.º 2-3/1990); K. Fasbender/K.W.Menck: *Konsequenzen des Binnenmarktes für die Kooperation der Gemeinschaft mit den Entwicklungsländern*, en: "Der Europäische Binnenmarkt", ed. por O.G. Mayer y otros (Hamburgo 1989), 519-543; G. Koopmann/H.E. Scharer: *EC Trade Policy Beyond 1992*, en: "Interconomics" 24 (1989) 207-215; *Lomé IV y Die Auswirkungen des EG-Binnenmarktes auf die Dritte Welt*, en: "Entwicklung und Zusammenarbeit" N.º 8-9 (1989) 2-18.

Sobre las consecuencias del cambio en Europa del Este para el Tercer Mundo hasta ahora sólo existen breves ensayos, así entre otros:

M. Dauderstädt, *Entwicklungspolitik 92: Abkehr von der Dritten Welt* (Bonn: Serie "Eurokolleg" 3/1990); *Dritte Welt im Abseits? Die Folgen des Umbruchs in Osteuropa* (epd "Dritte Welt Information" N.º 4/1990); F. Nuscheler: *Hilfe für den Osten auf Kosten der Dritten Welt?*, en: "Der Überblick" 25 (1989) N.º 4, 70-72.

(9) Comp. W. Däubler y otros, *Sozialstaat EG? Die andere Dimension des Binnenmarktes* (Gütersloh 1989); F. Steinkühler (editor), *Europa 92. Industriestandort oder sozialer Lebensraum* (Hamburgo 1989).

Europa Casa común

Esta tendencia se vería reforzada además por la mentalidad económica y de trabajo que reina en Europa del Este y que —a pesar de todas las diferencias— posiblemente se parezca más a la de los países industriales occidentales que a la de los países en vías de desarrollo. La evolución en ese sentido probablemente cerrará aún más el mercado de trabajo frente a “trabajadores invitados” de fuera de Europa. Como estas tendencias ya son difícilmente previsibles para una “Europa de 1992”, el resumen siguiente de una reunión económica de mayo de 1989, o sea, antes de los cambios en Europa del Este, resulta más bien optimista:

“Puesto que la política comercial de la CE ha sido claramente descuidada en los planes para un mercado interior, la futura política frente a los países en vías de desarrollo de momento sólo puede intuirse someramente. Claro que tampoco pueden desecharse los temores frente a un ‘Bastión Europa’ (10).”

En el plano financiero ya queda claro que las enormes necesidades de crédito de la RDA y otros países de la Europa del Este harán subir más aún los ya muy elevados intereses imperantes en la República Federal y otros países industrializados, tanto más cuanto Estados Unidos también seguirán recurriendo a créditos extranjeros a causa de su gran endeudamiento. Si no se toman medidas, esto incrementará sin duda alguna la carga deudora del Tercer Mundo, les dificultará el acceso a nuevos créditos y mermará la disposición a los bancos privados a aminorar las deudas. Queda por ver en qué medida puede aligerar el proceso de desarme mundial el mercado internacional de capitales.

La mayoría de los países de la OCDE han asegurado que no van a recortar los medios públicos para la colaboración al desarrollo, cuyo volumen ha mostrado una clara tendencia a la disminución durante los últimos años. Pero existe el peligro de que esta afirmación sea indirectamente soslayada, conferiendo por ejemplo estado de países en vías de desarrollo a los países del Este de Europa. Actualmente se está tramitando una ayuda de 55 millones de DM para Europa del Este a través del Ministerio Federal de colaboración económica, aunque esta cantidad se financie con medios adicionales. Tampoco el aumento de los medios del FMI de 120 a 180 mil millones de dólares, decidido en la sesión de primavera del FMI y Banco Mundial en mayo de 1990, contemplaba aún las evoluciones en Europa del Este, por lo que los países en vías de desarrollo temen que este incremento les vaya a servir de algo. En todo caso cualquier petición de mayores ayudas al desarrollo se harán cada vez menos populares a la

(10) Así H. Sautter en un informe sobre la Sesión Anual del Comité “Países en vías de desarrollo” de la “Asociación de Política Social” del 18-20.5.1989 en Frankfurt, ZWS 110 (1990) 162.

Johannes Müller S. J.

vista de las necesidades financieras de la RDA. En los donativos privados para el Tercer Mundo ya se nota un claro retroceso.

La política social tiene un papel subordinado en el camino hacia el mercado común de 1992, aunque la cifra de desempleados, dependientes de la Seguridad Social y personas sin cobijo en todos los sitios sea alta y siga creciendo. Cuando menor sea el margen social aún en los países industrializados, tanto menor será la disposición de la población a compartirlo también con el Tercer Mundo. Todo esto hace temer una competitividad y lucha por la participación a plano mundial, determinada por crecientes intereses propios y de ganancias, en la que los países pequeños y de escasos recursos con pequeño potencial de mercado apenas tendrán nada que decir.

No debe olvidarse tampoco que la visión de una "casa conjunta europea" no sólo absorbe recursos económicos, también crea un cambio en el clima político. Los países en vías de desarrollo no sólo pierden importancia económica, también lo hacen geoestratégicamente. El derrumbamiento del Segundo Mundo, denominado a menudo y no sin razón "Triunfo del capitalismo", presumiblemente reforzará aún más la tendencia a bloquear las exigencias de los países en vías de desarrollo por un nuevo orden económico mundial. El apaciguamiento del conflicto Este-Oeste, por otro lado, suprime la posibilidad que tenían los países en vías de desarrollo de jugar en su provecho con las diferencias ideológicas, cosa que de por sí es para alegrarse, pero puede redundar en inconvenientes a la hora de los tratados.

Además la unidad europea y los cambios en el Este inevitablemente exigirán mucha fantasía y energía política. Ideas, iniciativas y disposiciones de ánimo que hasta ahora se dedicaban a los intereses de los países en vías de desarrollo podrían cambiar ahora el objetivo. Así lo demuestran claramente los medios de comunicación que en los últimos meses se han concentrado totalmente en la "cuestión alemana" y los cambios del Este. Todo esto repercute en la opinión pública, como es lógico.

Un papel importante en este cambio socio-cultural de clima se debe también a la historia común de Europa. La indudable afinidad cultural entre Europa occidental y oriental no tiene que llevar forzosamente, pero sí puede llevar una cierta "complicidad este-oeste" (11) y una "mentalidad de alcázar" frente a seres del Tercer Mundo y hasta a una hostilidad hacia extranjeros con rasgos xenófobos. Ya hoy en día existen ciertos indicios de ello.

(11) F. Nuscheler, antes citado, 72.

Europa Casa común

4. Problemas comunes de países pobres y ricos

Claro que las oportunidades y riesgos de la eclosión de Europa para el Tercer Mundo no pueden contemplarse de forma aislada.

Precisamente los últimos años han demostrado que la pobreza y la situación sin apenas salidas posibles de los países en vías de desarrollo repercuten también sobre los países industrializados, cosa que éstos suelen olvidar o camuflar.

Así ocurre con el problema de las drogas en constante auge y sus terribles consecuencias para la sociedad del bienestar, que desde hace meses copan los titulares de la prensa. Los principales productores de las materias primas para las drogas son los paupérrimos agricultores en países subdesarrollados que sólo tratan de asegurarse un medio de subsistencia. Algo similar ocurre con esos otros países en vías de desarrollo que no utilizan todo el tesón que sería deseable en la lucha contra la droga, pues entonces no podrían reunir las divisas necesarias para pagar su abrumador endeudamiento con los países ricos. Al fin y al cabo en algunos países el valor de las exportaciones de droga iguala la totalidad de todas las demás exportaciones.

Algo similar cabe aplicar a los problemas de destrucción ambiental en el Tercer Mundo, especialmente a la tala de los bosques tropicales, que podría ocasionar un cambio climático peligroso a nivel mundial.

También este problema es en buena parte consecuencia de la situación de penuria de agricultores sin medios ni tierra que a través de la tala con fuego sólo quieren obtener un pedazo de tierra para vivir y ganar su sustento, así como de la carga deudora de los gobiernos respectivos, que tratan de aminorar con la exportación de maderas que se traducen en divisas. Es una Ley del mercado que los países en vías de desarrollo traten de aprovechar cualquier oportunidad para encontrar nuevas fuentes de ingresos al servicio de sus deudas. En su situación de emergencia algunos países hasta se habían declarado dispuestos a "hacer desaparecer" residuos tóxicos de países industrializados, aunque no dispusieran de las instalaciones necesarias, cosa que aprovechó más de una empresa occidental sin pensarlo dos veces.

Otro problema de este tipo es proliferación de refugiados a consecuencia de vulneraciones de los derechos humanos, de guerras y de la pobreza, lo que confronta a los países industrializados a un creciente número de solicitantes de asilo. Aunque la mayoría de ellos no son "refugiados políticos" en el sentido de la Convención de Ginebra, muchos de ellos huyen simplemente de la pobreza sin esperanzas. Mientras no haya cambios en las actuales diferencias Norte-Sur, seguirá aumentando su número.

Johannes Müller S. J.

En la discusión de este problema u otros similares se suele omitir la parte de culpa que corresponde a los países industrializados. Sin consumidores de droga en los países ricos ya se habría derrumbado el mercado de la droga. Si no hubiera demanda de maderas tropicales, su exportación cesaría rápidamente. Sin el consumo abusivo de la escasa energía y las grandes emisiones de materias nocivas en los países ricos, no sería tan grave el problema ambiental. Sin exportaciones de armas al Tercer Mundo disminuiría notablemente el número de refugiados. Sin abrumadoras cargas de deuda países como Brasil quizás no hubieran montado industrias de armamentos y no se hubieran convertido en uno de los más importantes proveedores de armas para el Tercer Mundo.

Estos pocos hechos demuestran que todas estas cuestiones no son sólo y en primer lugar problemas de los países en vías de desarrollo, como a menudo se pretende. Ponen en evidencia que se trata más bien de síntomas de la creciente diferencia Norte-Sur y no de problemas específicos de los países en vías de desarrollo que ellos mismos tengan que resolver. Lo específico de todos estos casos son los efectos reactivos negativos que inciden sobre los países industrializados, lo que explica la atención que allí se les dedica. En ese sentido nos recuerdan la creciente interdependencia a nivel mundial y el hecho de la existencia de un solo mundo.

Les asiste cierta razón, por tanto, a los países en vías de desarrollo cuando reprochan a los países ricos que con su política Norte-Sur persigan sobre todo, sus propios intereses, pues ante otros problemas al menos tan importantes, como precisamente en la crisis del endeudamiento, siempre han mostrado mucha menor disposición hacia una actuación decidida. La justificación de estos reproches y el poco fiable comportamiento del Primer Mundo se demuestra igualmente por su en todo caso poco entusiasta limitación de la exportación de armas, que sin duda alguna tienen consecuencias igual de mortales que el consumo de drogas, pero que, sin embargo, prosiguen por razones económicas y políticas.

En este contexto hay que mencionar otro aspecto a menudo relegado al olvido. Existen buenas razones para que los países del Tercer Mundo a ser posible tomen sus propios caminos de desarrollo y no imiten simplemente los modelos occidentales. Pero de hecho, se siguen orientando por la forma de vida y economía de los países industrializados, lo que no resulta extraño, pues a diario ven ese nivel en la televisión y los anuncios. La fuerza de este poder de atracción se ha demostrado recientemente con el comportamiento de los habitantes de la RDA que en su gran mayoría decidieron lograr lo antes posible el nivel de vida de la República Federal, aunque también para la RDA había buenas razones para un desarrollo autónomo y una adaptación progresiva a la República Federal.

Europa Casa común

Esta opción por la "vía capitalista" no sólo abarca sus elementos positivos, también conlleva consecuencias negativas como la destrucción del medio ambiente y los grandes gastos de armamento. En los países en vía de desarrollo estas consecuencias son mucho más graves, pues su pobreza no les permite atenuarlas con costosas investigaciones o dedicar medios a una eficaz política social a pesar de los altos costes de armamento.

Es obvio, por otro lado, que la tierra no podría sobrevivir si todos vivieran como los países industrializados. Sólo habría que calcular las cifras promedio del consumo de carne, del gasto de energía, la proliferación de automóviles o la cantidad de desechos de los países ricos y multiplicarlas por el total de la población mundial para sufrir terribles pesadillas. Esto demuestra que también en el ámbito de la comunicación y de las esperanzas así despertadas sólo hay *un solo* mundo, que precisamente por eso aparece en peligro inminente.

A la vista de todos estos hechos solo podría sacarse la conclusión de que la actual política Norte-Sur ha fracasado y hasta ha sido contraproductiva, pues no sólo ha acentuado la situación de miseria general en los países en vías de desarrollo, sino que también ha dañado los intereses propios de los países industrializados, a menos a largo plazo. En el fondo hace tiempo ya que hay una dura lucha por los escasos recursos (12), y esto no sólo provoca enormes conflictos en los países en vías de desarrollo, sino que a largo plazo también pone en peligro la paz mundial y el irremplazable medio ambiente de toda la humanidad.

Tanto más preocupante resulta por tanto la idea de que esa eclosión de Europa, tan esperanzadora en muchos aspectos, pudiera convertirse en un "bastión Europa" frente al Tercer Mundo y posiblemente endurecer aún más las actuales luchas de reparto. Cuando se observa el egoísmo que se manifiesta en las discusiones sobre los costes de la unidad alemana en la República Federal y cómo algunos ciudadanos federales sin escrúpulos tratan de enriquecerse a costa de la RDA, puede uno imaginarse en qué situación de indefensión está la gente de los países en vías de desarrollo que tan alejados están histórica y culturalmente.

5. "Un mundo para todos" (13)

El futuro camino de Europa y sus consecuencias para el Tercer Mundo no está prefijado por el destino. Si van a ser las oportunidades o los ries-

(12) Comp. M. Dauderstädt/A. Pfaller, *The New Zero-Sum World. "International Competition and Global Economic Growth"* (Bonn, 1985).

(13) Bajo ese lema se ha celebrado una semana de proyectos a nivel federal y amplia asistencia de medios en mayo de 1990, planeada mucho antes de los cambios en Europa del Este en otoño de 1989.

gos de esa "casa común de Europa" los que se conviertan en realidad es algo que dependerá de las correctas decisiones políticas y de la voluntad de la población de sobrellevarlos. Poco importa a este respecto que se tienda más hacia el optimismo o pesimismo. Lo decisivo será constatar si podrá superarse ese egoísmo personal y colectivo de miras cortas para llegar a una "nueva alianza de solidaridad" (14) a nivel mundial para garantizar un desarrollo digno de toda la humanidad. Ese sería el gran y verdadero reto para la política del desarrollo en los años noventa y más allá. Y una política así lógicamente tendría consecuencias en todo el ámbito mundial.

La miseria y múltiple dependencia del Tercer Mundo ha convertido el problema del "subdesarrollo" en una "cuestión social internacional". Debido a su papel dominante en política y economía, los países industrializados tienen una especial responsabilidad para establecer una política internacional de desarrollo. Sólo si en su política reservan mayor peso específico a los intereses del "mundo pobre", o sea que mantienen una "política interior mundial" orientada hacia lo social, habrá esperanzas de alcanzar una mayor justicia internacional, la paz mundial y en definitiva, la supervivencia del planeta. Hasta los defensores convencidos de los principios de la economía de mercado destacan que los países en vías de desarrollo sólo podrán implantar con éxito las reformas necesarias si no están expuestos sin protección alguna a la lucha internacional por la competencia (15).

Muchos países industrializados están dispuestos a prestar ayuda al Tercer Mundo, aunque solo sea por motivos egoístas, pero se asustan ante las consecuencias políticas y los costes de las reformas estructurales a nivel mundial. Las medidas necesarias, p. ej., eliminación de barreras comerciales en la agricultura y algunas ramas industriales o renuncia a la producción de armamento y exportación de armas, recrudescerían sus propios problemas; piénsese sólo en la lucha por la existencia de las pequeñas empresas agrícolas, el alto índice de desempleo y la mal equilibrada capacidad de producción. Además, un aumento del dinero destinado a ayuda al desarrollo o a condonación de las deudas posiblemente significaría una impopular subida en los impuestos, si al mismo tiempo hay que apoyar también a los países del Este y ocuparse de los problemas sociales propios, p. ej., escasez de viviendas y la nueva pobreza. Por eso una política de este tipo se encontrará siempre con grandes y en parte perfectamente comprensibles resistencias.

(14) Instrucciones de la Congregación de Dogmas sobre Libertad Cristiana y Liberación ("Libertatis Conscientia", 22.3. 1986), N.º 89. Es también el tema básico de la encíclica "Sollicitudo rei socialis" Juan Pablo II (30.12. 1987), comp. esp. N.º 37-39.

(15) Comp. J. Röpke, *Weltwirtschaftliche Arbeitsleitung bei internationalem Kompetenzgefälle*, en: A. Schüller/U. Wagner (editores), "Aussenwirtschaftspolitik und Stabilisierung von Wirtschaftssystemen" (Stuttgart, 1980) 81-97.

Europa Casa común

La estrecha interrelación aquí expuesta entre política interior y exterior a menudo crea difíciles conflictos de objetivos entre una política solidaria y de justicia social en el plano nacional o europeo por un lado y a escala internacional por otro. Una mayor justicia de reparto y participación a nivel mundial sólo será posible si los países industrializados y, sobre todo, Europa empiezan a implantar en sus países respectivos difíciles reformas estructurales a largo plazo.

Pero estas reformas sólo pueden realizarse en democracia, si así lo aceptan los electores y por tanto, amplios círculos de la población. Y para eso se requiere un profundo cambio de mentalidad y voluntad en favor de una solidaridad intraestatal. En otro caso los inevitables sacrificios correrían a cargo de los ya de por sí más perjudicados en esos países. Una mayor solidaridad mundial exige por tanto una mayor solidaridad intraestatal o dicho en otras palabras: *la solidaridad es indivisible*.

Por muy claro que sea este alegato a favor de un mundo solidario, se contradice totalmente con el actual orden económico y tecnocrático dominante que nos ha llevado a este "supradesarrollo" (16). Las economías sociales nacionales y la economía mundial han de superar los dictados autoimpuestos y las aspiraciones de valor absoluto de principios tales como crecimiento, mercado, libre comercio, rendimiento, competencia y apropiación privada de beneficios. En caso contrario, existe el peligro de una carrera por la competencia a la postre funesta para todos, pero de cuya lógica interna ningún país puede sustraerse aisladamente. Ya hoy en día, este orden económico parece mostrar la clara tendencia de arrinconar a aquellos con peores condiciones de salida o menor rendimiento. Hasta en los países industrializados la política social y de competencia a nivel estatal encuentra serios obstáculos para establecer los contrapesos necesarios. Mucho más desoladoras son las consecuencias a nivel mundial, donde apenas existe el factor equilibrador de una política social. El resultado son las "sociedades de dos tercios" en el rico norte y una sociedad "un cuarto" a nivel mundial, quedándose naciones enteras en el camino.

Pero como tampoco los países ricos pueden seguir viviendo y funcionando a largo plazo de esta forma, si no quieren destruir su propia supervivencia o al menos la de la mayoría de la humanidad, generaciones futuras incluídas, en el fondo sólo queda una solución: la economía social de mercado y el orden político libertario debe modificarse según los ideales de un mundo solidario (17). Esto relativiza la euforia sobre el "Triunfo del capitalismo" que podría tener consecuencias autodestructivas. En todo caso, en el futuro perderá considerablemente en importancia el argumen-

(16) Así uno de los principios básicos de "Sollicitudo rei socialis", comp. N.º 27 y sig.

(17) Comp. p. ej., las consideraciones de W. Kessler, *Aufbruch zu neuen Ufern*. Un manifiesto a favor de una democracia social-económica (Oberursel 1990).

Johannes Müller S. J.

to de ser superior al "orden económico socialista". Más bien el "orden económico capitalista" deberá demostrar en qué medida es social y ambientalmente compatible.

Puesto que nadie sabe aún como y con qué medidas pueden lograrse políticamente estos objetivos, la humanidad en conjunto y cada individuo por sí mismo ha de aplicar toda su capacidad creativa para iniciar las medidas actualmente posibles. Así habría que pensar en medidas tales como facilidades en el pago del endeudamiento, eliminación del proteccionismo en los países industrializados, reformas multilaterales, condiciones preferenciales para países en vías de desarrollo o mayores derechos de participación del Tercer Mundo. En ello será decisivo dar preferencia a los países en vías de desarrollo más pobres, pero también a los de nivel medio (18).

6. Reto histórico para las iglesias

También las iglesias han de responder a este reto histórico. Es más, les corresponde una especial responsabilidad, emanante de su objetivo original propio de transmitir el mensaje del evangelio por todo el mundo y de vivir conforme a sus creencias. Deben anunciar proféticamente la necesidad de un mundo solidario, comprometerse de hecho y palabra por valores alternativos en el espíritu del evangelio y, sobre todo, actuar de abogados en favor de los pobres que actualmente tan cómodamente se relegan al olvido (19). Si quieren responder a estas altas exigencias deberán tener el valor necesario de preparar el terreno para las reformas imprescindibles mediante concienciación y compromisos políticos, aunque esto provoque desagradables conflictos y les granjee enemistades.

Como "organizaciones de base transnacional" las iglesias cuentan con posibilidades que no existen a nivel estatal. Mantienen estrechas relaciones con las iglesias del Tercer Mundo, lo que facilita el contacto directo con las gentes allí implicadas y una conciencia más intensa de *un solo mundo*. De todo esto pueden nacer iniciativas e ideas para un cambio del estilo de vida en los países ricos, cosa que casi automáticamente podría llevar al compromiso político a favor del Tercer Mundo. Esto también reforzaría la voz de las iglesias dentro de la lucha política de intereses.

Precisamente la última Reunión Ecuménica Mundial en Seul ha demostrado lo difícil que resulta pensar a nivel mundial y actuar, en con-

(18) Comp. J. Wiemann, *EG-Binnenmarkt und die Dritte Welt. Gesamtbilanz positiv oder negativ?*, en: "Entwicklung und Zusammenarbeit" N.º 8-9 (1989), 11-13.

(19) Comp.: El documento de la Asamblea Ecuménica Europea "Paz y Justicia" Basilea, 15-21 de mayo de 1989, edit. por el secretario de la Conferencia Episcopal Alemana (Bonn), esp. N.º 62, 84 y 85.

Europa Casa común

secuencia, y a diferencia de la reunión europea en Basilea tuvo un desarrollo muy controvertido. Los representantes de las iglesias del Tercer Mundo reclamaban los derechos de los pobres y pretendían establecer así el papel preponderante de la "justicia". Consideran que las otras dos grandes metas de "paz y preservación de la creación" sólo pueden lograrse si primero se crea un mundo más justo a través de la solidaridad. Si no es así serían otra vez los pobres los que tendrían que soportar las cargas más pesadas (20).

En relación a la unidad alemana, recientemente se ha dicho en alguna parte que la actual separación solo podría superarse compartiendo. Lo mismo puede aplicarse a la separación mundial entre Este y Oeste y más aún entre Norte y Sur. Hace falta la solidaridad con la gente del Este de Europa y *también* la solidaridad con la gente del Tercer Mundo. Sería terrible servirse de unos contra los otros.

Con toda claridad así lo ha expresado el escritor y luchador por los derechos civiles Václav Havel en su discurso de agradecimiento, al serle concedido el premio Nobel de la paz de la Asociación Alemana de Libreros el 15 de octubre de 1989 en la Paulskirche de Frankfurt. Este antiguo disidente, al que se le negaba la salida del país y que actualmente es presidente de la República Federal de Checoslovaquia, manifestó:

"Este mundo, y especialmente Europa, hacia finales del segundo milenio después de Cristo se encuentra en una encrucijada muy especial: Hace mucho que no había tantas esperanzas de que todo acabe bien y al mismo tiempo tantos motivos para temer que si todo ha de acabar mal, ésta sea la catástrofe final.

No es difícil comprobar que las principales amenazas a las que se enfrenta el mundo actual, desde la guerra atómica a la catástrofe ecológica, pasando por la catástrofe de civilización social (me refiero con ello a una profundización de las diferencias entre naciones o individuos pobres y ricos), de alguna manera en su interior esconden una causa común: la casi inapreciable transformación de la palabra originalmente humilde a una altiva" (21).

(20) Comp. K. Weber, Seul 5-12 de marzo de 1990, en: "Orientierung" 54 (1990) 61-65.

(21) "Una palabra sobre la palabra", bajo el título "Extraños destinos pueden tener palabras", en: "Correspondencia Herder" 43 (1989) 526-531, aquí 531.